

FOSO: EL SECRETO DE LAS MAMÁS CHINAS

Daniel Samper Pizano. El Tiempo. Marzo 5 de 2016

El La excelencia de los estudiantes orientales tiene varias explicaciones. Una de las más fascinantes son las madres.

Está demostrado que, en general, son mejores alumnos los orientales —chinos, japoneses, coreanos, singapurenses, etc. — que los occidentales, sobre todo si se trata de latinoamericanos. Así lo prueban los resultados del el Programa para la Evaluación Internacional de Alumnos (PISA), que otorga puntajes después de haber sometido a miles de estudiantes del mundo entero a cuestionarios de lenguaje, ciencia y matemáticas.

El más reciente informe de PISA, publicado en diciembre, es demoledor para nuestros países. La región a la que pertenecemos no llega siquiera a la calificación mediana, que fue de 495 puntos. Chile, el país latinoamericano mejor calificado, solo alcanza 439. Todos los países de la región se hallan en la mitad inferior de la tabla que evalúa a 65 naciones. Después de Chile, ubicado en un modesto puesto 44, siguen Uruguay (47), México (48), Colombia (52), Brasil (53), Argentina (58), Perú (62) y Panamá (63), a solo dos escalones del colero, Kirguistán, con 331 puntos.

Lo sorprendente, sin embargo, no es que los estudios en América Latina sean flojos, sino la manera como dominan en las pruebas los chinos, coreanos y finlandeses. Estos fueron los cinco mejor calificados en la edición de 2010 (correspondiente a la prueba de 2009): China (Shanghái), Finlandia, China (Hong Kong), Singapur y Canadá. Corea del Sur aparece en cuarto lugar en matemáticas (detrás de Shanghái, Singapur y Hong Kong), sexta en ciencias (la preceden Shanghái, Finlandia, Hong Kong, Singapur y Japón) y segunda en comprensión de lectura (donde Shanghái es primera, Finlandia tercera y siguen Hong Kong y Singapur).

En el año 2000, cuando empezó la evaluación de PISA, no figuraba ninguno de los países del lejano oriente entre los cinco mejores en lectura; en 2003 (las evaluaciones son trienales), solo entraron Japón y Corea en la lista de los cinco mejores en ciencias; pero en 2006 ya figuraban dos territorios chinos (Hong Kong y Taiwán) entre los mejores en ciencias; estos mismos, y Corea del Sur, aparecen en el quinteto de mejores alumnos de matemáticas, mientras que Corea encabezó el de mejores lectores, con Hong Kong en el tercer lugar.

Rigor mortis

¿Qué tienen, en general, los orientales, que no tienen los alumnos de América Latina y de otras regiones del mundo? No es un asunto racial, pues la historia del mundo demuestra que ha habido imperios de todos los colores. Tampoco es, simplemente, cuestión de dinero. Por supuesto que mayores ingresos familiares permiten acudir a mejores colegios, concentrar a los niños en la educación (muchos menores tercermundistas estudian y realizan algún trabajo), contar con mejores maestros y ofrecer nutrición adecuada. Pero varios de los países más ricos del mundo, como Estados Unidos, cada vez se hunden más en las tablas de PISA.

En la última evaluación, Estados Unidos ocupó el lugar 30 en matemáticas, el 23 en ciencias y el 17 en lectura. Suecia fue 29 en ciencias y Alemania 20 en lectura. A su vez, Gran Bretaña (28) quedó por debajo de Eslovenia (20) y otros países mucho más pobres en matemáticas.

La excelencia en los estudios tiene varias explicaciones. Finlandia, por ejemplo, se esmera en el profesorado: hay casi unanimidad en que la pedagogía finlandesa es la mejor: la más organizada, la que prepara mejor a sus profesores, la que más los respeta.... China tiene un arma secreta en casa... Y Corea del Sur hace énfasis en la disciplina.

Sí: para los coreanos el rigor académico es un mandamiento. Es célebre la estricta disciplina de sus más conocidos institutos, una de las razones que han permitido a sus estudiantes pasar, en tres décadas, de "ser uno de los países peor evaluados en rendimiento escolar a ocupar los primeros lugares en pruebas internacionales", según el diario chileno La Tercera. El problema es que la sociedad está pagando un alto precio por la presión desencadenada sobre los alumnos. Una noticia del New York Times (mayo 23 de 2011) señala que los surcoreanos tienen el récord mundial de suicidios de estudiantes. El año pasado se quitaron la vida 146 alumnos, tres de ellos de escuela primaria.

"Los jóvenes surcoreanos son un grupo que padece de infelicidad crónica", señala el periodista Mark McDonald. En las encuestas sobre satisfacción y felicidad de los 34 países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), los surcoreanos ocupan siempre el último lugar.

Para hacer más desdichada su vida, una de las principales universidades —el Instituto de Estudios Tecnológicos y Científicos Avanzados, Kaist— resolvió variar el precio de la matrícula al vaivén de las notas obtenidas. No era un estímulo. Era un castigo humillante, llamado "programa de matrículas punitivas", pues a los alumnos que brillaban menos les tocaba pagar un suplemento económico. "Un mal semestre podría costarle a una familia miles de dólares", añade McDonald.

La ola de suicidios obligó a cancelar el programa.

¿Qué será lo que tiene el chino?

Mientras Corea del Sur pone énfasis en el extremo rigor de las instituciones educativas, con positivos resultados académicos y preocupantes corolarios psicológicos, el arma secreta de la China son las mamás. Ellas se encargan de inocular en sus hijos la obsesión por ser los primeros en todo y aprovechar cada segundo con ese propósito. En el reloj de las madres chinas faltan horas para que sus vástagos estudien, practiquen, repasen, memoricen, lean, aprendan, se quemen las pestañas...

Pero la pasión por el estudio es solo una mitad de la receta. La otra consiste en acompañar y arrear. Las mamás chinas no se limitan a decir "corra estudie, mijo", sino que pasan horas con los niños explicando textos, tomando lecciones, formulando preguntas, obligándolos a estudiar, regañándolos si es preciso y prohibiendo las actividades de distracción: nada de chats, ni videojuegos, ni cómics, ni Blackberries. Y si quieren practicar alguna actividad como el ajedrez o el piano, o algún deporte, como el ping pong o la natación, la mamá se

encargará de que en esa rama también sean los campeones.

Uno de los libros de mayor éxito en los últimos meses en Estados Unidos es *Battle Hymn of the Tiger Mother* (El himno de batalla de la madre tigresa), de Amy Chua, estadounidense hija de chinos a quien la revista *Time* eligió hace poco entre los cien personajes más influyentes del planeta. La atractiva Amy Chua es abogada y profesora de Derecho, autora de varios libros, esposa de un profesor universitario judío y, lo más importante, madre de dos hijas: Sofía y Luisa.

El himno de batalla de la madre tigresa es, al mismo tiempo, una autobiografía suya y de su familia y un ensayo lleno de humor sobre la madre china y su misión en la tierra. Como gringa que es, Amy se educó entre estudiantes mayoritariamente occidentales y sus vecinos son casi todos blancos y ricos. Eso le ha permitido comparar el papel de la mamá china y la mamá occidental. Su conclusión es que los padres occidentales son excesivamente benevolentes y tolerantes con sus hijos, mientras que los chinos consideran que solo los educan bien si les exigen al máximo.

La vida de los infantes chinos resulta menos grata que la de otros niños, pero los resultados de tanto sacrificio constan en el informe PISA y en las principales universidades gringas, donde los estudiantes de origen oriental obtienen las calificaciones máximas.

10.000 horas

La mamá china, pues, es el secreto. Pero, ¿cuál es el secreto de la mamá china? He aquí algunas de las claves, según el libro de Amy Chua:

La mamá china cree que: 1) los trabajos escolares siempre son lo primero; 2) un A- (equivalente a 8/10) es una mala nota; 3) sus hijos deben estar adelantados dos años a sus compañeros en matemáticas; 4) jamás hay que felicitar a los hijos en público; 5) si su hijo tiene alguna desavenencia con el maestro o el entrenador, la madre respaldará siempre al maestro o el entrenador; 6) las únicas actividades que se permitirán a los hijos son aquellas en las que eventualmente puedan ganar una medalla; y (7) la medalla debe ser de oro.

Amy procura aplicar a sus hijos las normas con que su propia madre, nacida en la China, los educó a ella y sus hermanos. Por ejemplo: los niños no son seres humanos con puntos de vista, por lo cual nunca debe pedírseles su opinión; solo los padres saben qué conviene a los hijos, de modo que es preciso olvidarse de los deseos y preferencias infantiles; los niños de origen chino están obligados a comer todo lo que les pongan enfrente: alas de pato, orejas de cerdo, gusanos de pantano...

Pero no basta con que los chinitos chinos se destaquen en el colegio. Es importante que lo hagan también en la comunidad. De allí que sea indispensable obligarlos desde pequeños a tomar clases de música hasta convertirlos en niños prodigio o practicar un deporte con ánimo de vencedor.

Un interesante libro del ensayista Malcolm Gladwell titulado *Outliers: the Story of Success* (Fueras de serie: historia del éxito) plantea la "Regla de las 10.000 horas". Según esta, formulada por el neurólogo Daniel Levitin, "Se necesitan 10.000 horas para alcanzar el nivel

de maestría de los grandes expertos mundiales". Gladwell lo interpreta así: "Una vez que un músico ha demostrado talento suficiente para entrar a una academia de renombre, lo que lo distinguirá de los demás es cuánto practique". El principio vale para todas las actividades.

"Educación híbrida"

Es posible que Amy Chua haya leído a Gladwell y a Levitin, porque convirtió a Sofía y Luisa en pobres víctimas que recibían clases de piano y violín, respectivamente, aun en sábados y domingos, y estaban obligadas a practicar varias horas al día, sin perjuicio de sus tareas escolares. Eso sí: la mamá china permanecía siempre a su lado, corrigiendo, reprendiendo, exigiendo la perfección, escatimando elogios y hasta gritando.

Sofía resultó ser una niña más dócil que su hermana. Luisa, en cambio, se rebeló contra las formas maternas chinas, acabó odiando el violín y negándose a tocarlo en momentos fundamentales.

La madre tigresa extrae lecciones del duro proceso de educar a sus hijas, que con seguridad harían subir aún más el puntaje chino en el PISA si las niñas no estudiaran en Estados Unidos sino en Shanghái. (Recordemos que los abuelos de Sofía y Luisa eran inmigrantes, pero ellas son estadounidenses).

La conclusión de Amy Chua plantea algo que denomina "educación híbrida":

"Esta educación abarca lo mejor de dos mundos. Se aplica el sistema chino hasta que el hijo tiene 18 años, para que desarrolle confianza y conozca el valor de la excelencia. Y después se aplica el sistema occidental, para que cada uno encuentre su propio camino".